

De viejas contiendas y nuevas mentalidades: el lugar de maravilla en la historia de la literatura española¹

ELIZABET FERNÁNDEZ LAM-SEN

España

elizabet.fernandez@ucjc.edu



García, M.A. (2024).
*Nuevos combates por
la historia: Maravall y
la literatura española
contemporánea.*
Visor.

Parece llegar en un afortunado momento el nuevo libro del profesor Miguel Ángel García (Universidad de Granada), *Nuevos combates por la historia: Maravall y la literatura española contemporánea* (Visor, 2024), sobre todo, cuando advertimos que los grandes relatos históricos, que venían ajustando el devenir, se han visto abocados a la tiranía reduccionista del populismo político y la tecnocomunicación. En mitad de una incertidumbre adormecida, aún la rotundidad de Louis Althusser es digna de ser tenida en cuenta, pues, precisamente sostendría que el marxismo aún no resultaba un constructo teórico agotado. Será esta misma afirmación, retomada en el mismo seno exultante de la Globalización desde finales de

los noventa, la que conduzca al profesor García a plantear, ya desde su Introducción, la idoneidad de rescatar el marxismo abordado desde el centralismo de su producción ideológica. De modo, que tal y como viene acostumbrando, el García que filosofa acude a la capacidad rectora de su antiguo mentor, el teórico de la Universidad de Granada, Juan Carlos Rodríguez, para enlazar lo que viene siendo un empeño constante en su trayectoria académica: historia ideológica y literatura española, con una novedad que incorpora y se hace presente desde el mismo título: el historiador José Antonio Maravall (1911-1986).

Resulta disruptiva y atrevida la inserción de una figura como la de Maravall, tan separada y tibia ante las interlocuciones acaecidas por y desde el marxismo en sus inicios teóricos. La proeza del presente volumen radicarán en trazar un recorrido epistemológico, que se antoja como una cuestión de «bordear» ciertas «cordilleras» (García, 2024: 231), para desembocar y posibilitar que el «historiador de las mentalidades» (*ibíd.*, 48), arraigado ya en la década de los ochenta del pasado siglo, discierna sobre la cima que supuso un teórico de la altura de Marx. Pero claramente habrían

¹ Para citar este artículo: Fernández Lam-Sen, E. (2026). De viejas contiendas y nuevas mentalidades: el lugar de maravilla en la historia de la literatura española (reseña). *Alabe* 33. DOI: 10.25115/alabe33.10515

de existir objeciones, por lo que la historia (social) para Maravall no comprende un correlato de la «cuestión social», ni tampoco del «problema social» (Maravall en García, 2024: 401), ni siquiera puede alcanzar a conjeturarla desde el prisma de Hobsbawm.

Puede que Álvarez Junco esté en lo cierto al justificar a Maravall dentro de un ámbito de estudio como lo «fue la historia cultural o la de las ideas políticas a partir de su contexto social» (en García, 2024: 26), en donde el instrumento representado por la literatura viene a reflejar «el utilitaje mental de cada época» (*ibíd.*, 8), que permitiría adentrarnos en los mecanismos inconscientes y conscientes de una sociedad histórica a modo de material verídico y plausible. Así la herencia maravaliana debería constituir para todo estudioso del campo humanístico, atento a la «historia de las ideologías» (García, 2024: 241), una referencia indispensable aun más cuando se sitúa en paralelo a la significación permanentemente evolutiva de España.

Representa esta querencia loable un más que correcto argumento para componer un libro de estas características «concebido para postular de nuevo la radical historicidad de la literatura» (*ibíd.*, 17), es decir, para procurar afrontarla como un «discurso ideológico», en el sentido estricto que emana la idea, pero sin olvidar que aquella se acaba nutriendo de su «problemática discursiva» y su misma «coyuntura histórica» (*ibíd.*, 18). Esa es la interpretación de la historia, en sintonía con la historia de la literatura, que le interesa a nuestro autor, que no duda en recurrir a Bertolt Brecht para dar sentido a sus convicciones desde una Introducción titulada «La incorregible imaginación de la historia» y que concluye con unos versos de la poeta Ángeles Mora, proyectando una significativa pregunta: «¿Como llamarse

libertad/mientras te arrastra/ el río de la historia?».

La recurrencia de soslayo al Lucien Febvre de *Combates por la historia* (1953) no constituye sino un pretexto para reivindicar la verdadera identificación con Pierre Vilar, quien también acude a las acepciones de combate para consolidar una representación marxista de la historia y su consecuente lucha de clases. Y a propósito de la exegesis comprometida del mismo Vilar, pasando por Febvre, pero también por Marc Bloch, de lo que se trata es de instaurar un combate «en favor de una historia comparada de los lugares y de los tiempos» y en «contra [de] la investigación ciega en el caos de los hechos» (Maravall en García, 2024: 371). Entonces con habilidad deduce García una pregunta que encierra a la vez una conclusión y una declaración de intenciones, asentando la primera parte de su libro: «¿Qué sentido tienen entonces estos nuevos combates por la historia?» (2024:30).

La respuesta determina el afán de construir una sociología de la literatura histórica marcada por la atención a las relaciones de producción y explotación, estructurada a partir de la figura de Maravall. La argucia de situar en una posición endocéntrica al medievalista valenciano sirve para ordenar la pretensión compositiva de esta primera parte del volumen, pues no se tratará de establecer una serie de revisiones, ni tampoco de practicar enlaces acomodaticios a partir de ciertos autores representativos —véase los historiadores de los Annales—, sino que todos esos “autores-ideólogos” se toman aquí como meras justificaciones periféricas que avalan genealógicamente la historia social de las mentalidades maravaliana.

Cómo el autor de *Teoría del saber histórico* (1958) concibe la historia social, teniendo «la literatura como fuente histórica» (Abad

en García, 2024: 347), será la otra pregunta que esta vez el lector se realice al comienzo de la segunda parte del libro. Sin prescindir de la inserción del hombre individual, reconoce que la Historia es interpretación, permitiendo una soterrada alianza con la teoría que viene a sustentarla en la línea althusseriana. Pero el de Xàtiva no se mintió a sí mismo, él es «antialthusseriano completo» (Maravall en García, 2024: 64) y, consciente de sus límites, afirmaría: «En definitiva, yo creo que no hay historia de las mentalidades sin historia social, pero a la recíproca, es difícil hacer una historia social sin historia de las mentalidades» (*ibid.*, 71). Y, en efecto, será esta última premisa la que sostenga la evolución del libro, pues la literatura quedará asimilada a la manera maravaliana, más allá de un «simple útil» (García, 2024: 240), porque, ya se sabe, «sociedad y pensamiento se elaboran juntos» (Maravall en García, 2024: 1).

No cabe ninguna duda de que la contribución crucial de estas páginas es la de descifrar el binomio “Maravall y literatura española” desde sus dos extremidades principales, desentrañándolo a partir de su condición de hombre inmerso en el sistema literario y desde la posición que configura para revelarse como el «historiador social de las mentalidades» (García, 2024) de nuestras letras hispánicas.

Pero del casi adolescente Maravall que exhibe su faceta de poeta en *Boletín último* (1932) hasta sus trabajos al frente de la revista *Nueva Revista* existe un salto de fe orteguiano que le lleva a ocuparse de autores como Azorín, Eduardo Gómez de Baquero o Eugenio d’Ors. Como se observará, ya el joven asentado busca observar filosofías, leer existencias, desde luego un prisma que le ayudará a examinar la esencia de los poetas puros del Veintisiete. Las obras de Jorge Guillén o Pedro Salinas no representarán sino excusas para ir elaborando su

propia concepción teórica de lo que significa para él la poesía. Así puede comprobarse en los dos artículos de 1931, el primero, publicado en *El Sol*, «La poesía, fervor de realidad» y el segundo, «El atavismo de la poesía», que redactara para *La Luna y el Pájaro*. Sin embargo, lo realmente interesante es anotar cómo su representación de la poesía va evolucionando, pues poco a poco dejará de identificarse con palabras como «esencia» o «realidad» para dejar entrar otras nuevas de significaciones más comprometidas como lo son «crisis» o «mundo». Sería en la revista *Murta*, y al señalar la «triple necesidad de la poesía» (Sobрино Vegas en García, 2024: 450), donde aflora el lector de las mentalidades que sienta las bases del posterior historiador. Se trataba de ir hasta la raíz de la poesía, abarcándola y disciriéndola desde todos sus paradigmas, como producto, creación y constructo histórico.

Si algo llama la atención de nuestro timorato poeta y crítico convencido es su viraje personal hacia tomar «la nación como empresa moral» (García, 2024: 286). La reivindicación centralista de Castilla se asimila en términos de «solidaridad nacional» (*ibid.*, 290), conduciéndole a una revisión extática del Noventay ocho. De fondo, lacera otra vez el problema de España encarado desde una animadversión hacia lo moderno, escozor que se alarga hasta la publicación de su tesis doctoral, *Teoría del Estado en España el siglo XVII* (1944). Lo que sucede, en realidad, es la dilatación de una moralidad orteguiana con la que se asoma a contemplar las esencias que le habían concernido una década atrás y que afectará su interpretación de Baroja y Gide.

Con todo, los años parisinos (1949-1954), al frente del Colegio de España en la Ciudad Universitaria, se adivinarían como la piedra de toque dentro de su periplo ideológi-

co, donde *Teoría del saber histórico* representa la evolución renovada de su metodología porque, en verdad, cabría entender que Maravall nunca realiza una ruptura consigo mismo sino que su transformación siempre se convierte en un tablero de juego de discusiones tibias y matices decisivos a la sombra de Ortega y Gasset. Demostrado queda en lo que iban a ser sus próximos títulos: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (1960), *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna* (1963), *El mundo social de La Celestina* (1964), *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo de una sociedad* (1966) junto a *Estado moderno y mentalidad social* (1972), culminación de una tenacidad racionalista de corte weberiano y ambición febreviana porque «la historia se hace con textos» (Févre, Planeta, 1993: 17).

Sea como fuere, su propia elección historiográfica, esto es, la de las mentalidades, «ligada a mi realización de español» (Maravall en García, 2024: 78), le salva de la depauperación de sus coetáneos, practicantes de un «menéndezpelayismo» (Maravall en García, 2024: 114), que no soporta, a la vez que sortea los reproches recalcitrantes de los falangistas y empieza a acomodarse en el último estadio de su itinerario marcado por el liberalismo de corte europeo y aire modernizante que alcanza hasta la década de los ochenta.

Empero, el lector que finalice *Nuevos combates por la historia, Maravall y la literatura española contemporánea*, apreciará la ambición bifronte que hilvana sus páginas, desvelando, por un lado, la deuda del historiador hacia su maestro Ortega y Gasset, pues, como él mismo llegaría a reconocer, «tendría que destejer mi vida para poder sacar entera la hebra orteguiana que la urde» (Maravall en García, 2024: 78) y, por el otro, se nos manifiesta el ho-

menaje que el profesor García realiza a la historia, la que se compone, pero también la que se escribe y lee desde la incomodidad de quien se atreve a proponer otra revisión, esta vez desde la mirada inquisitiva que siempre ofrece la literatura. «Es el momento de regresar al pasado, es el momento de volver [sobre mí mismo]» (Févre, Planeta, 1993: 15), por lo tanto, sobre quienes somos.